CAPÍTULO II.

LOS INFIERNOS.

Diferentes tradiciones acerca de la situacion de los Infiernos. — Distintas regiones que los forman. — El Erebo. — El Tártaro. — Los Campos Elíseos. — El Averno. — *Campo de lágrimas.* — El Aqueronte. — El Cocito. — El Flegetonte. — La Estigia. — El Leteo. — El barquero Caron. — El can Cerbero. — Los infiernos segun la *Odisea.* — El Infierno en la *Iliada.* — Famosa descripcion de Virgilio. — Eneas en los Infiernos. — Cuadro del pintor Polygnotes.

Para los Griegos morir era descender á la mansion de Hades, mansion que, segun la *Iliada,* se ocultaba en el profundo centro de la tierra y que se extendía en la *Odisea* por los postreros límites del mundo visible, dos tradiciones distintas que tenían, sin embargo, la idea comun de la oscuridad que envuelve la mansion de los muertos, ya sean las tinieblas interiores de la tierra, ya aquella noche profunda que ha de envolver un mundo jamas iluminado por el sol. Ha de observarse, sin embargo, que la tradicion expresada por primera vez en la *Iliada* fué la más difundida, la más popular miéntras subsistió el helenismo, al paso que la tradicion épica de un infierno trasoceánico, situado al occidente del universo mundo, parece haber desaparecido con el tiempo de las ideas paganas. De una y otra harémos mencion, así como de la inmortal descripcion de Virgilio, procurando dar idea, teniendo á la vista diferentes fábulas y mitos, de lo que era la sombría region de los Infiernos.

Los antiguos que, como sabemos tuvieron de nuestro hemisferio muy imperfecta idea, creían que eterna noche se extendia sobre ciertos territorios que el sol no alumbraba nunca, y este fué el fundamento de la tradicion de la *Odisea.* Las rocas del Atlas, las llanuras de Ibéria eran límite de la tierra, y la bóveda del cielo sólo cubría lo que dentro de aquel se contenía. Fuera de aquel recinto reinaban inquebrantables y horribles tinieblas; por allí se iba á los infiernos.

Concebíanlos los Griegos como vasta y oscura comarca dividida en dos regiones: horrible la una donde se veían lagos cuyas aguas infectas y fangosas exhalaban mefíticos vapores, un rio de fuego, férreas torres, encendidos hornos, monstruos espantosos tormento de los malvados; risueña y pacífica la otra destinada á los sabios y á los héroes. Varias cavernas conducían al triste lugar: la de Trezeno, la que había cerca de Heraclea y la del cabo Tenaro; tambien por el rio ó la laguna Estigia en Arcadia, de mortales exhalaciones, se iba á la temida region, lo mismo que por el lago Averno en Italia. Estos caminos fueron embellecidos por la fábula con interesantes recuerdos: por allí Hércules con paso triunfador atravesó rápidamente las tinieblas llevando la preciosa carga de Alcestes, que por salvar á su Admeto no vaciló en entregarse á la muerte, y puso la más sublime de las mujeres en brazos del más querido de los esposos. Por aquí el piadoso Eneas descendió intrépido y sereno á la feliz mansion que habitaban sus mayores para gozar de su presencia amada, de sus elevados colo-

quios y consultar su sabiduría acerca de los altos destinos de su naciente imperio. Allí Orfeo, entre la oscuridad que le ocultaba la vista de su idolatrada Eurídice, la estrechaba en silencio contra su pecho palpitante; pero al llegar á las puertas del dia una sola mirada desvaneció su ventura, y la sombra de Eurídice descendió otra vez viuda y llorosa hacia el avaro Aqueronte, que esta vez no devolvió su presa.

Tristes álamos crecen en las cercanías de aquellos lugares; contaba la leyenda que Hércules, ántes de descender á los infiernos, coronó su frente con la rama de un álamo blanco; pero el humo del Tártaro ennegreció la parte exterior de las hojas, y cuando fué plantado por el héroe, repasado que hubo la laguna Estigia, brotaron de ella aquellos árboles cuyas hojas, blancas por un lado, son por el otro de color negruzco.

La region infernal más inmediata á la tierra era el Erebo, sér cosmogónico de la *Teogonía* de Hesiodo, personificado como hijo del Caos y las Tinieblas y como esposo de la Noche, su hermana, de la que nacieron el Éter y el Dia. Por haber auxiliado á los Titanes fué por Zeus convertido en rio, segun unos, y segun otros fué precipitado en la sombría mansion á cuyo primer recinto puso nombre. En él estaban los sombríos palacios de la Noche y de los Sueños; en él residian Cerbero, que lo guardaba, las Furias y la Muerte. Por su recinto divagaban por espacio de cien años las sombras infortunadas cuyos cuerpos no habían recibido los honores de la sepultura.

Era el segundo recinto del plutónico imperio el infierno de los malvados, y allí era donde el crímen recibía su castigo, donde el remordimiento devoraba á sus víctimas, escuchándose de continuo ayes de angustia y gritos de desesperacion. Allí las almas de los conquistadores y de cuantos emplearon su existencia en daño del humano linaje, despues de ser sumergidas en lagunas infectas y heladas, eran expuestas de pronto al ardor de vengadoras llamas, pasando sucesivamente por cuantos tormentos pueden causar el fuego más activo y el frío más intenso. Allí Ixion daba vueltas en su rueda; Sísifo empujaba su peñasco; Tántalo no podía satisfacer sus voraces apetitos, y las Danaides se entregaban á su eterna é inútil tarea; allí, finalmente, Piritoo, Flegias y cuantos fueron inmortalizados por sus crímenes, padecían suplicios que jamas habían de tener fin.

Venía despues el Tártaro propiamente dicho, que era la cárcel de los dioses. En él se sustentaban los vastos cimientos de la tierra y de los mares, y cercábalo triple muralla de bronce. Su profundidad lo alejaba tanto de los infiernos cuanto los infiernos distaban del cielo. Allí estaban encerrados, para no volver á ver jamas la luz del dia, las antiguas divinidades arrojadas del Olimpo por los dioses reinantes y victoriosos: Urano precipitó en él á sus hijos los Gigantes y los Cíclopes; Saturno, vencedor de Urano, precipitóle á su vez á la negra mansion, y Júpiter, ensalzado al trono, lanzó á ella á los Titanes.

Finalmente, formaban la cuarta region los Elíseos Campos, afortunada mansion de las sombras virtuosas, las cuales para llegar á ella habían de atravesar el Erebo. Saturno y Rea moraban, con permiso de Júpiter, en los Elíseos Campos, en los que hicieron revivir la edad de oro.

Luciano colocó los Campos Elíseos en la luna; Plutarco en el centro de la tierra; Dionysio el Geógrafo en las islas Blancas; otros autores en las islas Canarias, á las que se daba el nombre de Afortunadas, y finalmente muchos los suponían junto á las colunas de Hércules, en los deliciosos campos de la Bética.

Los poetas latinos imaginaron el infierno no del todo igual al de las fábulas helénicas, y situábanlo debajo del lago Averno, que exhalaba sus fétidos vapores en medio de la campiña romana. Una caverna que se abría en un valle del Samnio, rodeado de montañas y precipicios por entre los que corría estrecho é impetuoso torrente, era considerada como respiradero del infierno.

En el Averno se abría la primera puerta que á él guiaba; en sus umbrales moraban el Dolor y la Pena, las Enfermedades macilentas, la triste Vejez, el Terror, el Hambre, que á tantos crímenes incita, el Trabajo, la Muerte y su hermano el Sueño. Tambien se veían allí la Guerra y la Discordia y los férreos lechos de las Furias, custodiando cien monstruos la salida de la fatal morada.

Un camino guiaba desde aquella puerta hasta el Aqueronte; á él acuden de los cuatro vientos de la tierra las almas que han de pasar el rio, y en sus márgenes aguardan á que el barquero Caron ó Caronte consienta en admitirlas en su barca.

Pasado el rio, una nueva puerta, custodiada por Cerbero, conduce al reino de Pluton, dividido en siete regiones distintas.

Encerraba la primera los infantes muertos al nacer que, por no haber probado las aflicciones ni los placeres de la vida, no habían contribuido á la dicha ni al infortunio de los hombres y no podian, por lo mismo, ser recompensados ni penados.

La segunda estaba destinada á los inocentes condenados á muerte; á los suicidas la tercera; en la cuarta, llamada *Campo de lágrimas*, vagaban los amantes perjuros, y sobre todo el gran número de infelices mujeres víctimas de su pasion burlada. Veíanse allí la audaz Pasifae, la celosa Procris, la esforzada Dido, la crédula Ariadna, Fedra, Cenis, convertida por Neptuno en hombre despues de ultrajarla, y Laodamia, hija de Belerofonte. La quinta region era habitada por los héroes manchados con actos de crueldad, tales como Adrasto, Partenopeo y Tideo; cerrada por tres sólidas murallas á las que rodeaban las aguas del Flegetonte, rio de azufre y de fuego, allí inficionaban el aire los infectos pantanos

del Cocito, y las aguas de la Estigia daban vuelta nueve veces al murado recinto. Defendía su entrada alta y formidable torre, cuya cima se ocultaba en una nube tres veces más negra que la noche más oscura; sus puertas eran de diamante y tan recias que ni los dioses podían romperlas. En el Tártaro eran castigados los hijos desobedientes, los traidores, los amigos pérfidos, los ministros sin fe, los guerreros injustos, crueles é implacables; allí Ixion, Sísifo, Salmoneo, Ticio, Tántalo, las Danaides y otros muchos expiaban sus horrendos crímenes.

La séptima region formábanla los Campos Elíseos donde, segun los poetas, reinaba eterna primavera; el soplo de los vientos no se dejaba sentir allí sino para llevar á todos lados la fragancia de las flores; jamas las nubes velaban los rayos del sol ni el grato centelleo de los astros; vergeles de mirtos y rosas ofrecían deleitosa sombra, y el Leteo, con dulce murmurio, arrastraba entre ellos sus aguas que hacían olvidar los males de la vida. Una tierra siempre fecunda renovaba sus producciones tres veces cada año y daba constantemente, cuando no flores, frutos. Para las almas puras y sin mancha que en aquellos Campos moraban no habia dolores, ni ambicion, ni avaricia, ni envidia, ni vejez; conservábase eternamente la edad en que cada una probó mayor ventura, y todo eran para ellas deleites que nunca acababan. Veíase allí á Nestor contando sus proezas, á Aquiles corriendo en pos de las fieras, á Caton escribiendo sus leyes, y en todos los semblantes se retrataba la bienaventurada paz del alma.

El nombre de *Eliseo* se encuentra por primera vez en la *Odisea*. En el canto IV Peleo predice á Menelao que no es su destino morir en Argos. «Los inmortales, le dice, te enviarán á la llanura Elísea donde reina el rubio Radamanto, donde para los humanos corren sin interrupcion afortunados dias, á una morada en que no son conocidas la niebla ni la escarcha, en que las nubes no empañan jamas la tersura de los cielos, donde, en fin, el grato aliento de los céfiros que envía el Oceano lleva eternamente con su grato murmullo delicioso bienestar. De este beneficio gozarás como esposo de Helena y yerno del omnipotente Júpiter.» Mas esto, al parecer, no pasa de ser poética imágen más bien que la expresion de una creencia general acerca del destino del hombre despues de la muerte; la eterna dicha prometida á Menelao más que el premio de sus méritos es en el poema favor otorgado por Júpiter al marido de su hija Helena, y lo mismo puede decirse de los poetas épicos posteriores á Homero. En ellos, el Eliseo ó las *Islas de los Bienaventurados* son mansion privilegiada de los hijos de los dioses y de los gloriosos héroes: en la *Etiopida* de Arctinos arrancaba Tetis de la pira el cadáver de su hijo Aquiles, muerto por Páris y Apolo, para llevarlo á la isla de *Leuké*, esto es, á la region luminosa que formaba contraste con el oscuro Hades, y alcanzaba para él la inmortalidad. El lírico Ibycos colocaba á Aquiles en el Eliseo y le daba á Medea por esposa; para Peleo, para Diomedes, para Cadmo, para los héroes de las memorables guerras troyana y tebana habíase abierto tambien el reino de Cronos y de Radamanto; pero la felicidad de aquellos elegidos de noble estirpe parece ser únicamente resultado del favor de los dioses. Al influjo de los Misterios, quizas renovadores de primitivas tradiciones y esperanzas, créese que la estrecha y aristocrática doctrina se ensanchó y comprendió á todos los hombres. «Cuando el santuario de Eleusis, dice Decharme, se hizo accesible á todo el mundo, la felicidad del Eliseo dejó de pertenecer exclusivamente á una parte escogida de la humanidad, y se comunicó á cuantos participaban en los sagrados ritos.» Á poco los poetas los prometieron con mayor liberalidad aún no sólo á los iniciados, sino tambien á los buenos y á los justos, y cuando Virgilio, el poeta que sintió sobre su inspirada frente las auras del cristianismo, describió el lugar de delicias iluminado por luz más pura y más brillante, alumbrado por un sol sin ocaso donde cada uno en el seno de beatitud perfecta había de volver á hallar con creces los terrenos goces, admitió á tan portentosa ventura no sólo á los héroes de familia divina, á los guerreros ilustres, á los poetas inspirados sino á cuantos pasaron por la tierra haciendo bien:

Quique sui memores alios fecere merendo.

Cinco eran los rios de los infiernos, segun hemos dicho: el Aqueronte, el Cocito, el Flegetonte, la Estigio y el Leteo.

El Aqueronte no habia corrido siempre por la mansion de los muertos: hijo del Sol y de la Tierra retrataba en el cristal de sus aguas majestuosas selvas y risueños prados; á la luz de la paternal mirada recorría los más floridos campos patrimonio de su madre; pero sucedió que abusando de tantos favores apagó la sed de los Titanes al escalar éstos el cielo, y para castigarle de su perfidia precipitóle Júpiter á los infiernos, donde arrastraba turbias y fangosas aguas que iban á perderse en la laguna Estigia.

Griegos y Romanos, despues de tomar de Egipto el nombre de un brazo del Nilo que corría más allá de Menfis, en los campos de las Pirámides, diéronlo á un rio de Epiro de aguas amargas y cenagosas que formaba en el lugar de su desagüe la mefítica laguna Aquerusia, á un lago de Campania y á un rio que regaba el territorio del Bruntium y desaguaba en el mar Tirreno. En los tiempos históricos el Aqueronte llegó á ser el rio principal del mundo subterráneo, y con solo su nombre se expresaba el infierno y sus terrores. Representábase á Aqueronte en figura de un anciano, cubierto de húmeda vestimenta, teniendo á su lado un buho y apoyado en inclinada urna de la que salian cenagosas aguas.

El Cocito, cuyo nombre significa sollozo, era tenido

por hijo de la Estigia y por padre de Flegetonte; decía la fábula estar formado por lágrimas de los condenados y su murmullo remedaba sus gemidos. Había en el Epiro un arroyo que llevaba este nombre y otro en Campania que desaguaba en el lago Lucrino.

Arrastraba el Flegetonte en vez de agua, torbellinos de sulfurosa llama, y despues de rodear el Tártaro en sentido inverso al Cocito, iba á perderse en el Aqueronte. En el fuego de su corriente eran precipitadas para siempre las almas criminales. En sus márgenes no crecían árboles ni hierbas.

Nueve veces rodeaban el infernal recinto las aguas salidas de la laguna Estigia, formando el rio del mismo nombre. La ninfa Estigia, hija del Oceano y Tetis y esposa del titan Palas, descubrió á Júpiter la conjuracion que para destronarle imaginaron los Titanes; en recompensa dióle el Padre de los dioses el primer lugar en la jerarquía de los rios infernales, y decretó que eternamente jurasen los dioses por su nombre, siendo este juramento el más terrible é inviolable de todos. Los que á él faltaban eran condenados á beber agua de la Estigia y esto les producía por un año la pérdida de la respiracion, de la voz y de la vida, y por nueve eran desterrados de la celestial morada, quedando privados de néctar y ambrosía. Este terrible juramento, cuya fórmula se ha perdido, había de prestarse inclinando una mano al suelo y extendiendo la otra al mar, ó bien sobre un jarro conteniendo agua del famoso rio. La Estigia, único rio infernal citado en la *Iliada*, parecía tener parte en el incontrastable poder de las divinidades subterráneas, tanto era el terror que inspiraba áun á los mismos dioses, que no pronunciaban su nombre sin temblar. Hera al afianzar sus palabras en solemne juramento, dice: «Séanme testigos la tierra y el vasto cielo que se extiende sobre nuestras cabezas, y la Estigia cuyas aguas descienden de lo alto á lo profundo.» Como el poeta de la *Iliada*, el autor de la *Teogonía* habla con cierta expresion de espanto de «aquella agua helada que se desliza en silencio junto á inmenso y escarpado peñasco, y que recorre dilatado curso en el sombrío seno de la tierra hasta llegar á las vastas é infernales regiones.»

Representábase á Estigia en figura de mujer, vestida de negro y apoyada en una urna de la que se escapaba con lentitud el agua.

Era la Estigia una escasa corriente de agua de la Arcadia septentrional, en las inmediaciones del lugar de Nonacris, de ondas tan frias que daban muerte á quien de ellas bebía y tan corrosivas que disolvían todos los metales. Nada tan sombrío, fúnebre y verdaderamente infernal como el paisaje que aún hoy forma cuadro al triste arroyuelo, y esto puede explicar el sentimiento de misterioso pavor con que en la antigüedad era mirado. Al componer sus obras Homero y Hesiodo, segun observó ya Pausanias, hubieron de tener á la vista aquel triste espectáculo. Todavía ahora, á pesar de que las aguas de la Estigia han perdido sus propiedades mortales y corrosivas, si algun dia las tuvieron, la tradicion de que era aquel un rio de muerte ha sobrevivido al paganismo y con el nombre de *Mavro-Nero* (Agua Negra) inspira á las comarcas inmediatas supersticioso terror.

El Leteo, llamado tambien rio del olvido, tenía la propiedad de hacer olvidar á quien en sus aguas se bañaba ó las bebía los placeres y las penas experimentados durante la vida. En él habían de entrar las almas de los muertos para perder la memoria de lo que padecieron en la tierra, y las destinadas á animar otros cuerpos habían de beberlas ántes de comenzar su nueva existencia. De *rio de aceite* y *de rio silencioso* era calificado por el sosiego de su corriente. En sus márgenes, lo mismo que en las del Cocito, veíase una puerta que comunicaba con el Tártaro.

Ese viejo barquero que en frágil leño surca las aguas de la Estigia y del Aqueronte y va sin cesar de una á otra orilla, es Caron ó Caronte, hijo del Erebo y de la Noche. Su arrugada frente, su barba blanca y recia, sus ojos hundidos por el tiempo, sus miradas sombrías, sus enjutos y nervudos miembros, los harapos que colgaban de sus huesosas espaldas, inspiraban espanto y horror. Para trasladar á los muertos á la ribera del Infierno el siniestro viejo exige de cada uno un óbolo á lo ménos, tres á lo más, como precio del pasaje; los pasajeros sacan la moneda de la boca, donde sus parientes la colocaron ántes de darles sepultura, y la presentan al codicioso barquero. Las almas cuyos cuerpos permanecieron insepultos no eran admitidas en la barca hasta despues de haber andado errantes cien años por la orilla de la infernal corriente; ningun sér con vida podía entrar en aquella á no alcanzar de la Sibila de Cumas el ramo de oro, llave de las puertas mejor cerradas y de los lugares más inaccesibles, ramo que había de ponerse á los piés de Proserpina. Caron estuvo todo un año encarcelado en lo más hondo del Tártaro por haber introducido en los infiernos á Hércules que no poseía el mágico talisman.

A la orilla se precipita la muchedumbre de las sombras: las madres, los esposos, los héroes magnánimos, las vírgenes muertas ántes del himeneo, los donceles colocados en la pira á la vista de sus propios padres. De pié en la márgen, tienden todas sus brazos á la opuesta ribera; mas el sombrío barquero no recibe á todas en su barca y aparta á muchas con el remo.

La fábula de Caron, como tantas otras, créese haber sido tomada de la MITOLOGÍA egipcia; los Griegos apellidaron al infernal barquero *Porthmeos*, y *Portitor*, *Satelles Orci* los Latinos.

Para penetrar en la mansion postrera no se acudía en los primitivos tiempos al fúnebre barquero; en la época de Homero y Hesiodo las almas llegaban solas ó guiadas por Hermes al término del supremo viaje, hasta que con posterioridad se introdujo en la MITOLOGÍA helénica el personaje que acabamos de describir. En las comedias de Aristófanes fué por primera vez presentado, y sucesivamente escultores y poetas atribuyéronle sus principales caractéres. Áspero é intratable, es Caron imágen de la muerte y sus rigores. La sombría imaginacion de los Etruscos lo representaba como un verdugo al servicio de las potestades infernales, que, armado con enorme maza, seguía á Marte á los campos de batalla y se saciaba en ellos de sangre y horrores. Este genio de la muerte vive aún en los cuentos populares; es el *Charos* ó *Charontas* muy nombrado en los cantos de Grecia, el águila negra que se precipita sobre su presa, el alado caballero que cuelga sus víctimas del arzon de la silla y que por el aire las arrastra, á pesar de su resistencia y sus gritos, á las regiones infernales.

Antes de arribar á la opuesta orilla dejábase oir el triple ladrido de Cerbero, y veíanse salir de su tugurio sus tres cabezas erizadas de sierpes. Fruto de la union de Tifon y Echidna, el horrible monstruo amenazaba con sus tres fauces abiertas á los viajeros, quienes le sosegaban arrojándole tortas de miel y adormideras. Segun Hesiodo tenía cincuenta cabezas; ciento, segun Horacio, y tres, á creer á la generalidad de los mitólogos. Su mordedura producía instantánea muerte por efecto de la negra ponzoña que de sus fauces destilaba, y custodio del sombrío imperio impedía á los vivos penetrar en él y á los muertos abandonar su recinto.

«Á los que entran en los infiernos, dice Hesiodo, acarícialos moviendo la cola y las orejas, mas no les permite la salida; siempre en acecho, se lanza contra aquellos que lo intentan, y los devora.»

Penetremos ya por los umbrales de la lúgubre mansion, y para ello tomemos primeramente por guía al poeta de la *Odisea*.

«Cuando tu nave, dijo á Ulises la maga Circé, haya traspasado el imperio de Poseidon y surque las ondas del rio Oceano de profunda corriente, se ofrecerá ante tí una ribera baja y de fácil acceso, sombreada por negros álamos, estériles sauces y otros árboles que forman los tristes bosques de Perséfona. Echa allí el ancla, y penetra tú en el horrible y sombrío imperio de Hades.» En este comienzo deja entrever el poeta la region de los muertos con su vegetacion triste, con sus árboles estériles, con su suelo ingrato en que no brotan flores ni frutos; sólo se ven allí prados alfombrados con la triste flor del gamon que era, por excelencia, la planta de los difuntos; hierba parásita que nacía en Grecia junto á los sepulcros, en terrenos pedregosos é incultos, y cuyas hojas de pálidos y descoloridos matices, son remedo del oscuro mundo de la muerte: inútil vegetacion propia de los países de que ha desaparecido la vida. Esto no obstante, coloca Homero en aquellos postreros confines del Oceano al pueblo y la ciudad de los Cimmerios envueltos en nieblas y nubes; jamas el sol los visita con sus esplendentes rayos, ni al emprender su excursion por el azulado cielo, ni al descender de sus alturas para acercarse á la tierra; para los ojos de aquellos tristes mortales no había más que eterna noche. Varios eruditos han tratado de determinar la posicion geográfica del pueblo de los Cimmerios; pero es lo más probable que sólo tuvo fantástica existencia, como los Feacios y los Cíclopes, debiendo ser considerado como mítica imágen del pueblo de sombras que revoloteaban y se agitaban en el seno de la Noche. Más adelante en la misma *Odisea*, al guiar Hermes hacia el Erebo las almas de los pretendientes á la mano de Penélope, muertos por Ulises, y ántes de llegar á los prados en que florece el gamon y donde moran los muertos como vanos y ligeros fantasmas, atraviesa con ellos las ondas del Oceano, la elevada peña de Leucas, imágen de los blancos osamentos de los muertos, pasa por las puertas del Sol, y atraviesa la comarca donde vive el pueblo de los Sueños. Los Cimmerios, pues, no tuvieron existencia más real que estos últimos, y la generalidad de los autores están conformes en considerar aquella tierra como fantástica region, vestíbulo de la eterna noche.

»Allí, continúa Circé, álzase una peña donde el Cocito, salido del lecho de la Estigia, y el Flegetonte inflamado se encuentran y confunden sus aguas para precipitarse eternamente en el Aqueronte con horrible estruendo. No detengas tus pasos, ¡oh noble héroe! hasta tocar aquella peña, y abriendo entónces ancha y profunda hoya, haz alrededor de la misma efusiones de leche mezclada con miel, de vino puro y de agua enblanquecida con flor de harina. Invoca luego á las sombras; obligate con solemne promesa á sacrificarles á tu regreso á Itaca una novilla estéril, la más grande y hermosa de tus pastos, á consumir en el fuego preciosas ofrendas, al tiempo que corra la sangre de un cordero negro, el mejor del rebaño, en honor de Tiresias, el profeta cuyos oráculos oyó en otro tiempo Tébas, y que, privado de la vista de los ojos del cuerpo, vé, sin embargo, muy léjos por medio de los muy claros de su juicio. Él es el único entre los muertos que, por privilegio de Perséfona, tiene el alma dotada de rara sabiduría, siendo así que en aquel lugar sólo revolotean vanos fantasmas. Despues de esas oraciones y esos votos dirigidos al sagrado pueblo de los muertos, inmola una oveja y un cordero negros, dirigiendo su cabeza hacia el Erebo, miéntras que tú, vuelto al opuesto lado, fijaras en el mar la mirada. En breve verás aparecer la innumerable muchedumbre de las sombras, y ordenando á tus compañeros que despedacen y quemen las degolladas víctimas y que imploren á los dioses infernales, el invencible Pluton y la terrible Proserpina, armado tú con la espada, rocía con la sangre de las víctimas á los espectros y ligeras sombras, hasta que la del profeta se levante ante tí en el seno del tenebroso imperio.

»Todo el dia, refiere Ulises, estuvieron hinchadas nuestras velas; la nave surcaba veloz el imperio de las

ondas, y cuando al fin desapareció el sol y se esparcieron las tinieblas de la noche, llegamos al límite del mar profundo. Allí tienen sus moradas los Cimmerios, cubiertas siempre de densas nubes y de negra oscuridad; jamas el dios brillante del dia fija en ella la mirada, ya suba á la alta cima de la estrellada bóveda, ya su carro descienda de los cielos y ruede hacia la tierra: eterna noche envuelve con fúnebre velo á los infelices moradores de aquellas comarcas.

«Saltando á la playa desembarcamos las víctimas, y al penetrar hasta el sitio que Circé me indicara abrióse á nuestras miradas el infierno. Allí Eurilope y Perimedes prepararon el sacrificio, al tiempo que yo, teniendo en la diestra mi brillante espada, abrí ancha y profunda hoya, en cuyos bordes corrieron efusiones de miel, de vino y agua clara en honor del pueblo entero de los manes; la pura flor de la harina se mezcló en aquellas libaciones, y á todo esto dirigía á las sombras ardientes plegarias prometiendo inmolarles luego de mi vuelta á Itaca una novilla estéril, la más bella de mis establos, encender una hoguera con preciosas ofrendas, y sacrificar á Tiresias un carnero, el mejor que pastase en mis prados y negro como la noche.

«Dirigido que hube á las sombras mis oraciones y votos degollé á las víctimas en la hoya; corrió la sangre en negros chorros, y en breve, desde el fondo del Erebo, levantóse por todos lados el ligero pueblo de las sombras. Estaban en él confundidos y hermanados las esposas, los hombres arrebatados en su primavera, los ancianos inclinados bajo el peso de los años y trabajos, las doncellas sollozando por haber perdido en su aurora el aliento de la vida y muchos guerreros víctimas de Marte, cubiertos de profundas heridas y cargados con ensangrentadas armas. Con espantosos alaridos aquellas sombras se precipitaban y empujaban alrededor de la hoya; el terror helaba mi sangre, pero aún así pude excitar á los mios á despedazar las exánimes víctimas y á entregarlas á las llamas, invocando á grandes gritos á los dioses infernales, el horrible Hades y la inexorable Perséfona. Yo, en tanto, con la espada en la mano y sin retroceder un paso, apartaba las sombras sin permitirles acercarse á la sangre ántes que Tiresias hubiese dado sus oráculos.»

Presentóse por fin el venerable anciano llevando en la mano áureo cetro, y despues de mojar sus labios en la negra sangre de las víctimas, prescribió á Ulises su conducta futura para aplacar á Poseidon y volver así á su ciudad de Itaca. Despues de él la madre del héroe, la venerable Anticlea, bebió tambien de aquella sangre y dijo con voz lamentable:

«—¡Oh hijo mio! ¿cómo has podido llegar con vida á esta mansion de las tinieblas? A cuantos respiran les está vedado contemplarla, pues de ellos nos separan anchos rios, peligrosos torrentes y ántes la barrera inmensa del Oceano. ¿Acaso al regresar de Troya, extraviado en tu camino, has sido lanzado con tus compañeros á esta triste mansion?

«Dijo, y deseoso de abrazar la pálida imágen de una madre adorada, por tres veces quiso Ulises estrecharla contra su seno y otras tantas la vió desvanecerse entre sus brazos como sombra fugitiva, como ligero sueño.—¡Oh madre mia! exclamó el héroe. ¿Por qué así evitas mis caricias? Unidos en estrecho abrazo, por lo ménos habríamos en los infiernos gozado del amargo placer de confundir nuestras lágrimas. ¿Será cierto que en vez de una sombra querida me has enviado ¡oh cruel Perséfona! un vano fantasma para aumentar mi llanto y mi desesperacion?—La diosa de los infiernos no te ha engañado ¡oh hijo mio! el más desgraciado de los hombres. Tal como á mí me ves, así quedan los mortales acaecida la muerte, sin carne ni huesos, pues todo ha sido pábulo de la devoradora llama. Luego que el cuerpo, pálido y frio, ha exhalado el postrer soplo de vida, el alma, como ténue sueño, huye á la morada de las sombras. Date prisa en volver á la luz, y acuérdate de estos secretos del tenebroso imperio para que un dia puedas descubrirlos á tu fiel Penélope.»

Enviadas por la terrible Proserpina van pasando por delante de Ulises y se agrupan y empujan alrededor del sangriento hoyo las esposas y las hijas de los grandes héroes; avanzaron luego la majestuosa sombra de Agamenon, quien contó su doméstica desventura; la de Aquiles, que se alejó á grandes pasos por la sombría pradera, las de Ayax y de Minos: entre otros espectros y gigantes vió Ulises el más enorme de todos, á Orion, persiguiendo por dilatados campos alfombrados con la triste flor del gamon á las mismas alimañas á que en otro tiempo dió caza por los desiertos montes. Su brazo continuaba armado con su férrea maza. Más léjos apercibió el héroe á los grandes criminales condenados á ejemplares tormentos, á Ticio, á Tántalo, á Sísifo, y por fin presentóse á su vista el formidable Hércules, ó mejor su fantasma, «pues en cuanto al semi-dios, sentado en el Olimpo á la cabeza de los inmortales, bebe el néctar divino y en sus brazos le recibe la seductora Hebe. Ante aquella sombra, asustados los muertos, se agitaban y huían como bandadas de tímidos pajarillos, prorumpiendo en penetrantes clamores; era su aspecto sombrío como la noche más oscura; tendido el arco, apoyada la saeta en la cuerda, dirigía á su alrededor amenazadoras miradas, pronto, como siempre, á descargar el golpe. Sólo con mirar el ancho y dorado tahalí que le cubría el pecho, sentíase nacer el espanto: en él, con maravillosa labor, respiraban enfurecidos osos, espumantes jabalíes y feroces leones; allí se veían combates, sangre y matanza. El artista que ha fabricado semejante obra satisfecho puede estar y seguro de haber llegado al colmo de su arte: en adelante bien puede dar reposo á sus manos y á su industria.

«Conoció la sombra á Ulises, y con voz lúgubre le

dijo:—Ilustre hijo de Laertes, tambien sobre tí pesa el cúmulo de penas que han sido mi eterno patrimonio desde que me alumbraron los rayos del sol. Aunque es mi padre el poderoso Júpiter, no había término para mis aflicciones y desgracias; sometido estuve al más vil de los hombres, y sus órdenes me impusieron los más grandes y peligrosos trabajos. Mandóme, por último, bajar á esta sombría morada y arrancar de ella á Cerbero, custodio del imperio de los muertos, teniendo por imposible la empresa y esperando que ella fuese mi perdicion. Vencí, sin embargo, y guiado por Hermes y Atena, arrastré al horrible Cerbero fuera de los infiernos.

«Dichas estas palabras alejóse y desapareció en las infernales tinieblas. Deseoso de ver pasar las sombras de otros héroes pertenecientes á aquellas remotas edades, dice Ulises, permanecí inmóvil; quizas habríanse presentado á mis ojos las de Teseo y las de su amigo Piritoo, ilustres descendientes de los dioses; pero á mi alrededor se reune y empuja la innumerable multitud de los muertos llenando el infierno con tristes aullidos y terribles clamores. Estremecido de espanto, siento que el horror hiela mi sangre y temo que, enviada por Perséfona desde el fondo del Erebo, hiera mi vista la horrible cabeza de la Gorgona. Con rápido paso me encamino á la nave; mis compañeros me siguen, y obedeciendo mis órdenes, la apartan de la playa; ocupan los bancos; numerosos remos la imprimen movimiento y direccion; levántase un viento favorable, y sostenidos en las movedizas olas atravesamos el gran rio y penetramos en el majestuoso imperio del mar.» (Homero).

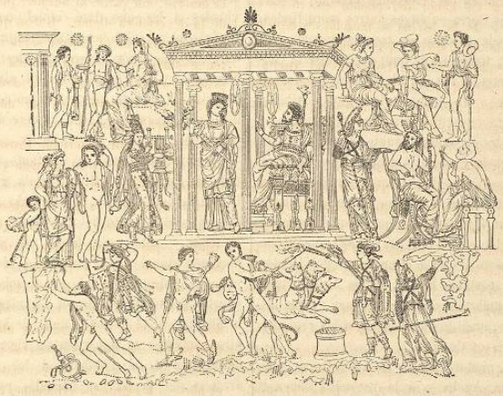

Fig. 483. — El reino de Pluton. (Pintura de un vaso).

Consérvase del reino de Pluton una excelente pintura antigua. El palacio del rey infernal ocupa el centro de la composicion; en él está Hades sentado en su trono y usa, como Júpiter infernal, un cetro rematado en un águila. Proserpina, en pié delante de él, parece despedirse de su esposo para volver á la tierra, teniendo en la mano la antorcha que ha de alumbrar sus pasos por entre las tinieblas. Los personajes colocados en la parte superior, á ámbos lados del templo, son, al parecer, justos gozando de la felicidad por sus obras merecida. Vense tambien los jueces infernales, sentados los dos primeros y en pié Radamanto, quien va vestido á la oriental para indicar ser especial juez de los muertos procedentes de Ásia. En el opuesto lado Orfeo, en traje frigio, pulsa la lira, y por fin en la parte inferior están los réprobos entre los que, en el lado derecho, reconócese á Tántalo por su frigia vestidura, y en la izquierda á Sísifo empujando la roca. En el centro Hércules, guiado por Mercurio, arrastra al can Cerbero á pesar de una furia que le amenaza con sus antorchas.

La tradicion más general, hemos dicho, ó sea la de la *Iliada*, en vez de trasladar los infiernos á las remotas regiones trasoceánicas, acércalos, por el contrario, á la mansion del hombre: segun ella, en las profundidades de la tierra habitada hállase la morada de Hades, y en la superficie de la tierra ábrense varios caminos que á ella conducen. La ciudad de Hermione en Argólida, donde se tributaba especial culto á las divinidades subterráneas, decía poseer el camino más corto para llegar á los infiernos, y era una cueva situada en un recinto consagrado á Pluton. Cada region de Grecia tenía asimismo su entrada para el mundo infernal, segun queda de varias

indicado, idea que sería inspirada á los Griegos por las misteriosas cavernas que se abrían en las laderas de sus montañas, por las profundas grietas y hendiduras de su quebrado suelo, por las simas en que desaparecian las aguas de algunos rios, todo lo que se convertiría para aquellos pueblos de acalorada fantasía en maravillosas comunicaciones entre el mundo de los vivos y la morada de los muertos.

La primera idea de la inmensa cárcel subterránea cuyas anchas puertas, siempre abiertas para la multitud que á ellas llega desde fuera, permanecen inexorablemente cerradas para las que están ya dentro, dióla el XX canto de la *Iliada*. Cuando los dioses dejan el Olimpo para tomar parte en la gran batalla empeñada al pié de los muros de Troya, Júpiter fulmina el rayo y hace resonar el trueno en las celestiales alturas, Poseidon conmueve toda la tierra en cuyos antros mora Hades, y á tal estrépito baja éste de su trono y prorumpe en exclamacion terrible, temeroso de que, abriéndose la conmovida tierra, penetre la luz del dia y quede al descubierto á los dioses y á los hombres la region terrible y desolada que hasta los inmortales miraban con espanto.

La concepcion de un infierno subterráneo, pobre en un principio, tomó vuelo y adquirió proporciones á favor de las épicas leyendas de los héroes que, guiados por su audacia, penetraron hasta el imperio de Hades y de Perséfona, llegando al fin á inspirar la hermosa y profunda descripcion de Virgilio, que tan gran influjo ejerció en cuantas se idearon hasta llegar la gran época del Dante. El héroe del poeta romano, Eneas, no se limita como Ulises á pasar los umbrales del infierno para evocar las almas de los muertos, sino que avanza hasta las regiones venturosas de los Elíseos Campos.

«Encamínase el piadoso Eneas á las alturas que corona el templo de Apolo y á la recóndita inmensa caverna de la pavorosa Sibila, á quien el delio vate infunde inteligencia y revela las cosas futuras... Una de las faldas de la roca eubea se abre en forma de profunda caverna, á la que conducen cien anchas bocas y cien puertas, de las cuales salen con estruendo otras tantas voces que son las respuestas de la Sibila. Apénas el héroe y sus troyanos llegaron al umbral dijo la vírgen: —Ahora es el momento de consultar los hados. ¡Hé ahí, hé ahí el dios!—Apénas pronunció estas palabras en la entrada de la cueva, inmutósele el rostro y perdió el color y se le erizaron los cabellos; jadeando y sin aliento, hinchado el pecho, lleno de sacro furor, parece que va creciendo y que su voz no resuena como la de los demas mortales, porque la inspira el númen ya más cercano.—¿Demoras tus votos y preces, troyano Eneas? dice, ¿los demoras? Pues ten por cierto que ántes no se abrirán las grandes puertas de este portentoso templo.—Dicho esto, calló. Helado terror discurrió por los fuertes miembros de los Troyanos, y de lo más hondo del pecho exhaló el rey estas plegarias:

»¡Oh Febo, siempre misericordioso para los grandes trabajos de Troya! ¡Oh tú que dirigiste los dardos troyanos y la mano de Páris al cuerpo del nieto de Eaco! guiado por tí he penetrado en anchos mares que ciñen vastos continentes, y en las remotas naciones de los Masilios y en los campos que rodean las Sirtes. Ya, en fin, pasamos las costas de Italia, que huían constantemente de nosotros... Justo es que perdoneis ya á la nacion de Pérgamo ¡oh vosotros todos, dioses y diosas enemigos de Ilion y de la alta gloria alcanzada por la dardania gente! Y tú ¡oh santa sacerdotisa, sabedora de lo porvenir, concede á los Teucros y á sus errantes deidades, fatigados númenes de Troya, que logren por fin tomar asiento en el Lacio! No pido reinos que no me estén prometidos por los hados. Entónces erigiré un templo de mármol á Febo y á Hecate, é instituiré festividades á las que daré aquel nombre. Tú tambien tendrás en mi reino magnífico santuario en el que guardaré tus oráculos y los secretos destinos que á mi nacion anuncies, y te consagraré ¡oh alma vírgen! varones escogidos. Sólo te ruego que no confies tus oráculos á hojas que, revueltas, sean juguete de los vientos; anúncialos por tí misma.

»Así dijo Eneas, y en tanto aún no sometida del todo á Febo, la terrible Sibila revuélvese como una bacante en su caverna, procurando sacudir de su pecho el poderoso espíritu del dios; pero cuanto más ella se esfuerza, tanto más fatiga él su espumante boca, domando aquel fiero corazon é imprimiendo en él su númen. Ábrense, en fin, por sí solas las cien grandes puertas del templo, y llevan los aires las respuestas de la Sibila.—Si te libraste, dice, de los marítimos azares, otros mayores te aguardan en tierra. Llegarán sí, los descendientes de Dárdano á los reinos de Lavino; arranca del pecho ese cuidado, pero tambien han de desear algun dia no haber llegado á ellos. Veo guerras, horribles guerras, y al Tiber arrastrando olas de espumosa sangre. No te faltarán aquí ni el Simois, ni el Xanto, ni los campamentos griegos. Ya tiene el Lacio otro Aquiles, hijo tambien de una diosa; tampoco te faltará aquí Juno, siempre enemiga de los Troyanos... Por segunda vez una esposa extranjera, por segunda vez extranjero himeneo será para los Troyanos causa de grandes males... Tú, empero, no sucumbas á las desgracias; ántes bien, de cada vez más animoso, ve hasta donde te lo consienta la Fortuna. Una ciudad griega, y es lo que ménos esperas, te abrirá el primer camino de salvacion.

«Con estas palabras anuncia entre rugidos la Sibila de Cumas, desde el fondo de su cueva, horrendos misterios, envolviendo en términos oscuros cosas verdaderas; de esta suerte rige Apolo sus arrebatos y aguija su aliento. Luego que cesó su furor y descansó su rabiosa boca, díjole Eneas:—Tus palabras ¡oh vírgen! no me revelan faz alguna de mis desventuras nueva é inesperada;

todo lo tengo previsto y á todo me hallo dispuesto hace tiempo. Una sola cosa te pido, pues es fama que aquí está la entrada del infierno, aquí la tenebrosa laguna que forma el desbordado Aqueronte, séame dado ir á la presencia de mi amado padre; enséñame el camino y ábreme las sagradas puertas. Yo lo arrebaté en estos hombros por entre las llamas y los dardos disparados contra mí, y le saqué de en medio de los enemigos; él me acompañaba en mis viajes; conmigo sobrellevaba, inválido, los trabajos de las travesías y los rigores del mar y del cielo á despecho de los años; él, ademas, me persuadía, me mandaba que suplicante acudiese á ti y llegase á tus umbrales. Compadécete ¡oh alma vírgen! compadécete, yo te lo ruego, del hijo y del padre, porque tú lo puedes todo, y no en vano te encomendó Hecate la custodia de los bosques del Averno. Si Orfeo pudo evocar los manes de su esposa con el auxilio de su lira tracia, si Polux rescató á su hermano, alternando en la muerte con él, y si tantas veces va y vuelve por este camino, ¿para qué he de recordar al gran Teseo? ¿para qué á Alcides? Tambien yo soy del linaje del supremo Jove.

«Así dijo Eneas abrazado al altar, y así le contestó la Sibila:—Descendiente de la sangre de los dioses, hijo de Anquises, fácil es la bajada al Averno; dia y noche está abierta la puerta del negro Dite; pero retroceder y restituirse á las auras de la tierra, esto es lo arduo, esto lo trabajoso; pocos del linaje de los dioses á quienes fué Júpiter propicio ó á quienes una ardiente virtud remontó á los astros, pudieron lograrlo. En el centro del Averno crecen selvas á las que rodea el Cocito de negra corriente; mas si tan grande amor te mueve, si tanto afan tienes por cruzar dos veces el lago Estigio y ver otras tantas el negro Tártaro, y estás decidido á probar la insensata empresa, oye lo que has de practicar ante todo. Bajo la opaca copa de un árbol oculto entre el bosque y rodeado de sombras hállase un ramo cuyas hojas y flexible tallo son de oro, ramo consagrado á la Juno infernal; sólo al que haya desgajado del árbol la áurea rama es dado penetrar en las entrañas de la tierra: la hermosa Proserpina tiene dispuesto que ese sea el tributo que se le lleve. Arrancado un ramo brota otro que se cubre tambien de hojas de oro; búscale, pues, con la vista, y una vez hallado, no hagas más que extender la mano, porque de llamarte los hados á tal empresa se desprenderá por sí mismo; de lo contrario no hay fuerzas, ni áun con duro hierro, que basten á arrancarle. Ademas, tú ignoras ¡ay! que el cuerpo de un amigo tuyo yace insepulto, y que su triste presencia está contaminando toda la armada miéntras estás en mis umbrales pidiéndome oráculos. Ante todo entrega esos despojos á su postrera morada, cúbrelos con un sepulcro, é inmola en él ovejas; sean esas las primeras expiaciones. De esta suerte podrás, en fin, visitar las selvas estigias y los reinos inaccesibles para los vivos.—Dijo y enmudeció.»

Miseno era el guerrero cuya muerte anunciara la Sibila. «Al punto sin perder momento ni interrumpir el llanto se apresuran los Troyanos, en cumplimiento del mandato, á formar con árboles el altar del sepulcro, que levantan hasta el firmamento. Encamínanse á una antigua selva, profundo asilo de silvestres alimañas; caen los pinos, resuenan la encina y el fresno heridos por las hachas, y el hendible roble se raja á impulso de las cuñas; de los montes caen rodando los grandes olmos. Tambien Eneas toma parte activa en aquellos trabajos, al mismo tiempo que exhorta á sus compañeros, y contemplando la inmensa pira, agitado de tristes pensamientos, exclama:—¡Oh! si ahora, en este fragoso monte se me apareciese en su árbol aquel áureo ramo, ya que todo lo que me anunció la Sibila ha salido cierto ¡ay! demasiado cierto para tí, ¡oh Miseno!—No bien hubo dicho estas palabras cuando bajaron por el aire dos palomas volando delante de él y se posaron en la hierba; reconoció en ellas el héroe las aves de su madre, y de esta suerte las imploró, lleno de júbilo:—Servidme de guías ¡oh palomas! y si hay camino dirigid vuestro vuelo á la densa enramada donde el vistoso ramo dé sombra á la fecunda tierra, y tú ¡oh madre diosa! no me dejes en este apurado trance.—Párase, dicho esto, observando qué señales le dan y á dónde dirigen el vuelo, miéntras las aves, picoteando la hierba, se alejaban por el espacio cuanto la vista más perspicaz podía alcanzar á seguirlas. Luego que llegaron á las bocas del fétido Averno alzaron rápidamente el vuelo, y deslizándose por el líquido éter se posaron en la copa de un árbol donde el brillo del oro se destaca por su distinto matiz entre las ramas. Cual suele en la selva, durante los frios invernales, brotar el muérdago con nuevo verdor junto á los árboles á que crece apegado, pero que no lo producen, y circundar los redondos troncos con su amarillo fruto, tal parecía el áureo follaje en la copuda encina, tal crugían sus hojas, mecidas por el blando viento. Eneas ase de él al punto, lo arranca impaciente y le lleva á la cueva de la Sibila.

«.....Había cerca de allí una profunda caverna que abría entre peñas su espantosa boca, defendida por un negro lago y por las tinieblas de los bosques, sobre la cual no podían las aves tender impunemente el vuelo, tan fétidos eran los vapores que del horrible antro se exhalaban, de donde dieron los Griegos á aquel sitio el nombre de *Aorno*. Allí llevó Eneas lo primero cuatro novillos negros sobre cuyo testuz derramó la sacerdotisa el vino de las libaciones, y cortándoles las cerdas entre las astas, las arrojó al fuego sagrado como primeras ofrendas, invocando á voces á Hecate, poderosa en el cielo y en el Erebo. Otros degüellan las víctimas y recogen en copas la tibia sangre; Eneas con su propia espada inmola en honor de la madre de las Eumenides una cordera de negro vellon, y á tí ¡oh Proserpina! una vaca estéril; erige en seguida los altares para los sacrificios nocturnos que han de hacerse al rey de la Estigia y pone en las llamas las entrañas enteras de los novi-